

# Cuadernos del Sur

---

AÑO 11 N° 19

*Junio de 1995*

Editorial: Tierra del Fuego

Tierra del Fuego

# LAS DOS CARAS DE LA CRISIS DEL TRABAJO \*

Maxime Durand

*La lucha contra el desempleo no es fácil. Entre los obstáculos que oscurecen este necesario combate está en el fondo esta pregunta: ¿cuál es el significado del desempleo, se puede salir de esta crisis sin una transformación radical del modo mismo de pensar el trabajo? Este artículo querría indicar algunas pistas de reflexión y mostrar dónde se sitúan las alternativas posibles.*

**H**ace poco más de diez años, ya habíamos intentado mostrar que el desempleo era el producto de la recesión capitalista. Sintetizábamos así nuestras principales propuestas: «El desempleo es un efecto del capitalismo: el sistema económico prefiere no dar empleo a ciertos trabajadores si no hay más producción rentable a la cual afectarlos; el desempleo está aquí para quedarse: a pesar de un debilitamiento coyuntural, va a continuar desarrollándose aún en dirección de los tres millones de desempleados; el capitalismo no puede resolver a la vez la crisis y el desempleo: las salidas capitalistas de la crisis suponen siempre una aceleración de ganancias de productividad

que suscitan nuevas supresiones de empleos; la automatización capitalista no es la liberación del trabajador: es portadora por el contrario de nuevas formas de explotación y de descalificación y, más generalmente, de un modelo social regresivo; hacer creer que se puede luchar contra el desempleo sin romper con la lógica capitalista que lo produce es engañarse sobre su naturaleza y engañar a los trabajadores.»<sup>1</sup>

Esta evocación tiene por función mostrar que un análisis marxista razonable podía, y desde hace mucho tiempo, evaluar los principales parámetros de este largo período de crisis. Lo que importa todavía más, entender en qué esta aproximación se distingue de otros discursos que, durante un decenio, consiguieron retardar el momento en que

\* (Les deux faces de la crise du travail, en «Critique Communiste» Nro.136, Invierno 1993/1994, pp.11-17).

el movimiento social dejaría de considerar que el desempleo no era sino un mal necesario transitorio. Hoy, en cierto modo, hay consenso establecido sobre este punto: no hay más esperanza en una salida espontánea de la crisis y del desempleo, y sólo ésto explica el retorno al frente de la escena de la reducción del tiempo de trabajo. Varias tesis erróneas fueron pues barridas, tesis que hacían referencia a tres nociones centrales: el derrame (déversement), el toyotismo y el tiempo escogido.

### La teoría del «derrame».

Esta teoría se remite a un pronóstico formulado particularmente por Sauvy<sup>2</sup> por cierto, la automatización y las reestructuraciones del aparato productivo destruyen empleos, pero también vuelven a crear forzosamente otros. Esta manera de ver las cosas conducía a considerar al desempleo como un inconveniente cierto, pero como el precio a pagar por una mutación tecnológica fundamental y por una adaptación generalizada a un nuevo modo de crecimiento de la economía. En este esquema los desempleados son principalmente los inadaptados (en verdad los inadaptables): ellos no tienen las calificaciones requeridas para integrarse en la nueva organización del trabajo, donde se supone que los empleos calificados ocupan un lugar determinante. Para resolver tal desempleo se necesita tiempo: tiempo para formar a los trabajadores, para reciclarlos, o simplemente tiempo para que envejezcan. La jubilación imbécil con la que el gobierno de

Mauroy se puso a fabricar pre-retirados por cientos de miles se inscribe plenamente en esta visión de las cosas: descartando a los trabajadores entrados en años, se apresuraba esta necesaria adaptación. Este catecismo sobre la compensación ejerció su dominio a lo largo de los años ochenta, y fue bien resumido por esta publicidad de Philips de la época: «Siempre serán necesarios hombres (...) menos que antes en los talleres sin duda, pero (...) más que antes más arriba y más abajo (...). El conjunto de la sociedad industrial debe adaptarse al progreso. Las máquinas automatizándose, los hombres evolucionando y recalificándose.» Esta teoría de la compensación había sido formulada en otra oportunidad en la época de Marx y éste denunciaba toda su «frivolidad» en *El Capital*: «Cuando una parte del fondo de salarios viene de ser convertida en máquinas, los utopistas de la economía política pretenden que esta operación, al desplazar en razón del capital así fijado a obreros hasta entonces ocupados, libera al mismo tiempo un capital de igual magnitud para su empleo futuro en alguna otra rama de la industria. Nosotros mostramos que nada de eso sucede; que ninguna parte del antiguo capital deviene así disponible para los obreros desplazados, sino que ellos mismos devienen por el contrario disponibles para los capitales nuevos, si los hay.»<sup>3</sup>

Se puede por otro lado discutir los análisis de Marx sobre el ejército industrial de reserva, mostrando que los vínculos entre acumulación y empleo son contradictorios y, a un nivel más general, indeterminados<sup>4</sup>. Nuestra tesis es

que, al menos en la fase actual del capitalismo, estos vínculos están duraderamente desequilibrados por el enraicamiento de las oportunidades de acumulación rentable.

## La teoría de la sociedad post-industrial.

Esta teoría floreció bajo formas muy diversas. Constituye en ciertos aspectos una variante de la tesis del derriame: en su versión más simplista, el análisis consiste en efecto en decir que se asiste a una transferencia de la actividad humana desde la industria hacia los servicios, análoga a aquella que redujo el lugar de la agricultura en favor de la industria. Pero, al mismo tiempo, no se trata de una simple transferencia, en el sentido de que los servicios aparecen como portadores de cualidades particulares, siendo la más notable la inmaterialidad. Entraríamos en una sociedad donde el trabajo de transformación de la materia sería poco a poco suplantado por las actividades de circulación de información. La figura del proletario estaría entonces sometida a una doble acción disolvente: el obrero de la industria ocupa un lugar cada vez más marginal en la actividad productiva humana y la aplicación directa del esfuerzo físico de la transformación tiende a desaparecer. Las nociones de mercancía y de trabajo devendrían cada vez más vagas. Esta aproximación se combinó a menudo con una extrapolación idílica de los efectos de lo que se denominó la «revolución del tiempo escogido» (*«révolution du temps choisi»*). En

nuestro libro colectivo <sup>5</sup>, aparecido en 1984, nos divertíamos liberando un florilegio de citas tomadas de diferentes autores. Las reproducimos aquí porque su ambigüedad fundamental no ha cambiado:

1. «Entre el trabajo constrictivo y el ocio alienante, la política del tiempo apunta a abrir un nuevo espacio social hecho de experimentación, de autenticidad, de creatividad.» <sup>2</sup>. «Tal es lo fundamental que está en juego en la reducción del tiempo de trabajo: abrir el espacio, fuera del trabajo asalariado, de una segunda vida de ocios y de actividad, creadora o no de valores socialmente útiles, pero que no necesita capital, que no se organiza según las formas de la empresa y que podrá ampliar la calidad de vida, compensando y superando el estancamiento del consumo mercantil». <sup>3</sup> «La respuesta adecuada a la tercera revolución industrial debe ser revolucionaria. Se trata de declarar un nuevo derecho del hombre: el derecho para todo asalariado de fijar su tiempo de trabajo según considere». <sup>4</sup> «El avance cultural es apoderarse del tiempo libre para inventar una nueva sociedad donde seremos más autónomos». <sup>5</sup> «Las fronteras entre el tiempo de trabajo estructurado y las nuevas formas de actividades desaparecen y, en un mismo individuo, entre el trabajo sufrido, el trabajo querido, el pasatiempo». «No se trata de amalgamar a los autores de estas citas, sino de resaltar su supuesto común, a saber, el carácter quasi-automático de una salida armoniosa de la crisis, que hace de la necesidad virtud: la aparición de un desempleo masivo sentando las bases de un orden social

que, forzosamente, conduciría a una superación de la relación de trabajo. Esta perspectiva nutre en seguida teorizaciones abusivas que pueden ir desde la ultra-izquierda hasta el centro moderado. En el primer caso, el desempleo es saludado como un procedimiento práctico de abolición del trabajo asalariado. Y es verdad que, al ritmo que van las cosas, se terminará, para amplias capas sociales, en la desaparición del trabajo asalariado... por falta de asalariados. La vertiente gestionaria de este acta puede ser ilustrada por el nuevo refrán que inunda en adelante las comisiones y grupos de reflexión: la idea de un retorno al pleno empleo sería el fruto de una fijación absurda sobre un pasado superado. Dicho de otro modo, el derecho al empleo es negado en nombre de nuestra caída en la modernidad<sup>7</sup>. Así, el informe del grupo «Empleo» del XIer. Plan toma nota de lo que esta coyuntura tiene de decididamente nuevo: «El tiempo de una economía en pleno crecimiento que no solamente aseguraría el pleno empleo de la población activa, sino que no podría continuar su movimiento sino recurriendo a nuevos trabajadores, está caduco por largo tiempo (...) El pleno empleo no constituye sino una frontera entre dos tipos de situaciones concretas: el sobre-empleo, que se resuelve por el recurso a nuevos activos, y el sub-empleo, ante el que no hay una solución simétrica».<sup>8</sup>

Este género de posiciones no puede sino suscitar reacciones contradictorias. Por un lado, estos discursos disimulan mal la realidad del desempleo y del trabajo precario: ¡hay poco de

elección en este tiempo libre! ¡Hay poco de superación del trabajo asalariado en este no-trabajo! Es injuriar a los vencidos de la sociedad mercantil querer, además, hacer de su aplastamiento el indicio de que una nueva sociedad está naciendo. Pero, por otro lado, puede sentirse que estos análisis tocan justo, en el sentido en que de ella nos hablan, de una cierta manera, en lo que sería posible efectivamente y se encuentra al alcance de la mano.

### El toyotismo.

Vale un poco lo mismo para esos divertidos cuentos que son hoy los discursos que tienen numerosos especialistas en organización del trabajo. La revolución informática estaría en tren de hacernos entrar en la era del post-taylorismo o del post-fordismo. En términos menos sabios, sería el fin del trabajo en cadena, de la ultra-especialización de los puestos de trabajo, el fin, también, de la producción en masa, y el advenimiento de la «calidad total» y de la implicación de los asalariados. La empresa del futuro recurriría a valores nuevos, positivos, tales como la polivalencia y la cooperación. Otro modelo social, fundado sobre nuevas relaciones de trabajo, estaría en vías de concretarse. Se cree estar soñando cuando se relaciona este discurso con la realidad francesa. Qué vemos, en efecto: despidos masivos y violentos, intensificación del trabajo, individualización de los salarios, precariedad de los empleos, aumento de la sub-contratación, desarrollo del empleo de tiempo parcial impuesto a las

mujeres, bloqueo de los salarios, pasaje obligado por la intermitencia para los jóvenes, etc. Vuelve a encontrarse aquí, a nivel del puesto de trabajo, el mismo dispositivo ideológico que encontramos en lo que concierne al rol del trabajo: una realidad regresiva, pero también los elementos objetivos para fundar un discurso optimista. De la misma manera que el desempleo vuelve a poner potencialmente en cuestión a la relación salarial, las nuevas tecnologías portan en sí esquemas de organización del trabajo radicalmente nuevos. En los dos casos, se confunden las potencialidades y su modo de existencia social; en los dos casos, se postula la automaticidad en la generalización de buenas soluciones, soluciones que utilizan de manera óptima el conjunto de esas potencialidades. Es sobre semejante supuesto que es necesario insistir a fin de reconocer las dos caras de la crisis del trabajo.

### **Las falsas continuidades.**

En el dominio de las ideas se abrió un debate multiforme, vacilante, contradictorio, sobre los medios para salir de manera progresista de la recepción en la que se hunde el capitalismo. La proximidad entre las potencialidades que comporta la situación objetiva actual y la realidad social que se desarrolla desde hace diez años es una enorme fuente de vacilaciones, dudas e interrogantes. ¿Cómo comprender que las «buenas nuevas» se transformen en catástrofes? La primera forma de responder a esta pregunta consiste en decir que las buenas nue-

vas no han sido suficientemente entendidas. Dicho de otro modo, que sería suficiente tener una mirada suficientemente ejercitada para discernir entre la basura actual los pequeños brotes que nos anuncian el porvenir que despierta. Sería suficiente activar su crecimiento pero, fundamentalmente, no habría ninguna discontinuidad entre los males actuales y la superación de la situación.

Esta aproximación retoma, bajo formas renovadas, tesis de tipo regulacionista o armonicista. Se puede dar de esta visión tres ilustraciones que permiten medir en ellas su ambigüedad fundamental. El RMI provee un primer ejemplo de ambivalencia. Por un lado, todo el mundo acuerda en reconocer que no se trata sino de un paliativo, de una red de seguridad, que no resuelve en nada el problema de la exclusión, y se limita a asistirla al menos en parte. Pero, por otro lado, propuestas muy variadas florecen en cuanto a la idea de ingreso garantizado. Si se mira aquí más de cerca, este es el zócalo común de todos los proyectos alternativos. Cuando definimos el socialismo como una forma de organización social que responde a las necesidades sociales, está presente la idea de una garantía para cada uno de los miembros de una sociedad semejante a ver sus necesidades elementales satisfechas. El derecho al empleo, a la vivienda, a la sanidad, son tanto garantías que pueden pasar por el pago de un ingreso monetario, o bien por la puesta a disposición gratuita, según los casos. Se puede pues discernir una dimensión propiamente subversiva en la

idea de un ingreso garantizado desconnectado en gran medida del trabajo aportado. Algunos pueden llegar hasta sugerir que el RMI es una primera cuña abierta en la lógica salarial. Pero, no obstante, es necesario ser ciego para no comprender que existe una ruptura cualitativa entre el RMI y las garantías que una «buena sociedad» ofrecería a sus ciudadanos. La base material de esta ruptura reside en el hecho de que el movimiento general de las sociedades capitalistas no es extender el campo de la protección social y de los servicios públicos sino, por el contrario, restringirlo tanto cuanto se pueda. El RMI aparece en este movimiento como una pequeña concesión o una excepción, antes que como una nueva extensión de la lógica no mercantil.

El mismo tipo de razonamiento vale para la idea de un sector de utilidad social. Aquí todavía se trata de responder a necesidades cuya lista está trazada con bastante precisión: cuidados a las personas de edad, renovación del habitat, protección del medio ambiente, protección a los niños, etc. Se puede pensar que formas de organización cooperativa, que escapen a la vez a la pesadez burocrática de las grandes máquinas del servicio público y a la lógica mercantil de la empresa clásica, serían las más apropiadas para rendir este tipo de servicios llamados de proximidad. Es un tema recurrente en los nuevos teóricos del socialismo<sup>9</sup> que nos parece fundamentalmente justo. Pero esto no debe en ningún caso conducirnos a saltar pasos y ver en los proyectos de «pequeñas obras» la configuración de este tercer sector. La

característica común de todas estas propuestas, si se rasca un poco sobre las buenas intenciones anunciadas, es crear en la práctica una suerte de sub-asalariado dispensado de un cierto número de cargas sociales, antes un tercer estatuto (entre asalariado y desempleado) que un tercer sector. En fin, a pesar de la etiqueta de revolución del tiempo escogido, no es posible analizar el aumento del tiempo parcial como la palanca que va a revolucionar la relación con los tiempos de trabajo. Este proceso está, en efecto, perfectamente discriminado por sexo, y esto debería ser suficiente para rechazar el término mismo de elección. A partir del momento en que la mayoría de los contratos de trabajo se hace sobre el contrato de tiempo determinado y/o de tiempo parcial, se trata de algo completamente distinto de una modulación positiva del tiempo de trabajo.

### **El concepto de relación social de producción.**

Sólo el marxismo puede esclarecer esta contradicción fundamental entre la buena nueva de los avances en la productividad y las tragedias sociales que engendra. A nuestro entender, el único medio es en efecto movilizar un concepto esencial del materialismo, el de relación social. Toda sociedad está dominada por un modo de producción que determina el modo de satisfacción de las necesidades sociales y la división y distribución del trabajo. Esta estructura funciona con reglas relativamente rígidas: los elementos de transforma-

ción social, se trate de innovaciones tecnológicas o de la emergencia de nuevas aspiraciones, no pueden objetivarse sino viniéndose a inscribir en el molde que van a darles las relaciones sociales de producción. En términos más simples, la crisis que atravesamos hoy es un caso de escuela que ilustra maravillosamente la validez de un análisis marxista perfectamente clásico. ¿Cómo se puede ignorar hoy que el desarrollo de las fuerzas productivas tiende a entrar en contradicción con las relaciones de producción capitalistas? ¿Cómo expresar mejor ese sentimiento de que todo es posible (trabajar menos y trabajar todos, responder a las necesidades elementales) y que al mismo tiempo las leyes inexorables del sistema capitalista nos alejan de esta posibilidad? Es suficiente para convencerse releer todavía una vez estos pasajes luminosos de los *Grundrisse* donde Marx describe el capital como siendo, «a pesar de si mismo, el instrumento que crea los medios del tiempo social disponible, que reduce sin cesar a un mínimo el tiempo de trabajo para toda la sociedad y libera entonces el tiempo de todos en vista del desarrollo propio de cada uno». Pero este resorte del tiempo libre es contradictorio, puesto que tiende a estrechar la base de funcionamiento del capitalismo. Este último, en un sentido, funciona demasiado bien, y esa es precisamente la idea de Marx: «Si funciona demasiado bien en crear tiempo de trabajo disponible, sufrirá de sobreproducción y el trabajo necesario será in-

rrumpido porque el capital no puede más poner en valor ningún plustrabajo. Cuanto más se desarrolla esta contradicción, más se revela que el crecimiento de las fuerzas productivas no sabría ser frenada más tiempo por la apropiación del plustrabajo de los otros»<sup>10</sup>.

Se puede enunciar esto de otra manera: es la forma y la dirección impuesta al desarrollo de las fuerzas productivas por las relaciones sociales capitalistas las que impiden a todas las potencialidades de las mutaciones tecnológicas traducirse en progreso social para el conjunto de la humanidad, y que las hace por el contrario palancas para un vasto movimiento de regresión. Este fenómeno es hoy percibido de manera intuitiva por una fracción creciente de los trabajadores: tan profunda es la fosa que se hunde entre la ultra-sofisticación de las técnicas y la degradación de las condiciones de vida para la mayoría. Se puede ir a la Luna pero no se alcanza a dar vivienda a todo el mundo. Hay algo que no cuadra.

Este sentimiento es acompañado sin embargo por numerosas vacilaciones. Pues su traducción positiva consiste en decir que es necesario terminar con el capitalismo si se quiere liberar las potencialidades que acumuló pervirtiendo siempre en ellas sus efectos sociales. La lentitud con la cual se efectúan las tomas de conciencia remite a la dificultad de dar este paso y de sacar todas las consecuencias del hecho de que no existe alternativa a una salida radical de la crisis. Por supuesto, nada es jamás imposible, y se trata siempre de una apreciación relativa. Digámoslo

pues de otro modo: jamás, en toda su historia, el capitalismo se mostró tan incapaz como hoy de responder a las necesidades sociales.

### **La satisfacción de las necesidades sociales.**

No hay sino una sola explicación que permite comprender el hundimiento en la crisis, y ella remite al principio que hace funcionar el capitalismo. Se trata de un sistema social basado en la confrontación entre capitales guiados por una estrategia privada, aún en el caso en que se trate de grandes grupos. En consecuencia, una demanda no será satisfecha más que si ella da lugar a un beneficio que se espera sea duraderamente superior al de sus competidores. Este modo de funcionamiento entraña fenómenos de denegación de producción: más vale producir menos que producir de manera insuficientemente rentable. Esta regla, que admite un cierto dominio de eficacia, llegó al punto en que desemboca en fenómenos masivos de despojo: despojo de los trabajadores, despojo de sectores, despojo de regiones, despojo de países. El capitalismo tiende a alinear la norma sobre el más competitivo y los otros son puestos fuera de juego. Por eso insistimos sobre esta idea de que la marginalización de la mayoría del tercer mundo es de la misma naturaleza que el aumento del desempleo y que el tercer mundo está desde ahora entre nosotros.

Este fenómeno adquiere en la situación actual una amplitud nueva que resulta de la saturación de un cierto nú-

mero de coacciones de parte del capitalismo. La primera es geográfica: se puede decir que el capitalismo unificó el mundo bajo su égida y la mundialización hizo saltar poco a poco los obstáculos a la circulación de las mercancías y los capitales. Los diferenciales vertiginosos de productividad social desencadenaron una reacción en cadena donde la mala sociedad saca partido, de la misma manera que los economistas dicen que la mala moneda saca partido. Los Estados-naciones subsisten pero sus contornos son cada vez más porosos y esta ausencia de protección multiplica los mecanismos de despojo.

Pero el límite es también en profundidad: los mercados están saturados en lo que concierne a mercancías portadoras de ganancias de productividad regulares. No se puede rehacer el juego del fordismo: las capacidades de absorción del mercado y la intensidad relativa de las necesidades desequilibran duraderamente la confrontación entre demanda social y oferta productiva rentable. Todavía más, aquí es necesario hablar de denegación de la producción, de necesidades recusadas por el capitalismo porque son acordes con sus criterios internos.

El capitalismo no se hundió y buscamos comprender cómo cambió desde la entrada en la crisis <sup>11</sup>. Pero este esquema de acumulación había sido presentado de entrada como un esquema fundamentalmente inestable puesto que suponía una desigualdad creciente en la distribución de los ingresos, de la que se puede pensar hoy que alcanza los límites compatibles con la relación social de fuerzas. Presentan-

do este modelo que tiende a la dualización no inventamos por lo demás gran cosa, puesto que Marx describía ya en *El Capital* el rol del consumo de los ricos bajo una forma muy moderna: «A medida que crece la sustancia material con la que la clase capitalista y sus parásitos engordan, estas especies sociales crecen y se multiplican. El aumento de su riqueza, acompañada como está de una disminución relativa de los trabajadores dedicados a la producción de mercancías de primera necesidad, hace nacer con las nuevas necesidades de lujo nuevos medios de satisfacerlas (...) En fin el crecimiento extraordinario de la productividad en las esferas de la gran industria, acompañada como está de una explotación más intensa y más extensiva de la fuerza de trabajo en todas las otras esferas de la producción, permite emplear progresivamente una parte más considerable de la clase obrera en servicios improductivos y particularmente reproducirla en proporción creciente bajo el nombre de clase doméstica, compuesta de lacayos, cocheros, cocineros, criados, etc., los antiguos esclavos domésticos». <sup>12</sup> Nos reencontramos aquí con la intuición de Gorz sobre el aumento de una «sociedad de servidores» acompañando el incremento de las desigualdades sociales <sup>13</sup>.

### Regreso sobre la salida de la crisis.

Cuando se examinan las proyecciones económicas se percibe que el mantenimiento de la tasa de desempleo de aquí al año 2000 aparece como un ob-

jetivo optimista. Sin embargo, este mantenimiento no significaría para nada el statu quo, puesto que en realidad implicaría el agravamiento y no sólo el mantenimiento de todos los fenómenos de desagregación social que conocemos desde hace quince años. En el mejor de los casos, el capitalismo no podrá alcanzar sino un crecimiento medio, aportando pobres creaciones de empleo apenas suficientes para absorber los aumentos de la población activa. Quedaríamos entonces duraderamente con el «stock» de desempleo y sub-empleo que se conoce hoy.

Este punto está bien establecido: aún los ejercicios optimistas, como la nota de Drèze y Malinvaud <sup>14</sup>, muestran que en ausencia de una reducción del tiempo de trabajo no se alcanzaría en el mejor de los casos sino a bajar el desempleo medio punto por año, lo que significa que serían necesarios por lo menos veinte años para hacerlo desaparecer. El único medio para reabsorber a la vez los desempleados de hoy y recibir los candidatos al empleo de mañana es una reducción masiva e inmediata del tiempo de trabajo. Repitamos una vez más que esto no es incompatible con la reactivación y la creación de empleos, como lo subraya por ejemplo la consigna del movimiento «Actuar juntos contra el desempleo». Pero los órdenes de importancia están muy claros: la reducción es la medida más decisiva. Esta afirmación no convence a todo el mundo. ¿Por qué, después de todo, no apuntar a un crecimiento más sostenido y resignarse a un débil potencial

de empleos? Los elementos de respuesta son dobles. Se trata en primer lugar de comprender porqué las políticas económicas implementadas no van en este sentido, a pesar de los anuncios de una iniciativa europea significativa. La primera razón es el endeudamiento público, que hace aparecer una contradicción fácil de comprender: no se puede al mismo tiempo querer reducir el déficit presupuestario y crear empleos para la reactivación presupuestaria. Este obstáculo es la contrapartida de los regalos fiscales hechos a los ricos desde hace diez años: las deudas públicas son invocadas principalmente por las capas sociales que se beneficiaron con estas verdaderas contrarreformas fiscales. Ellas ganaron allí doblemente puesto que pagaron menos impuestos y se les ofrecieron posibilidades de inversión muy rentables. Pero, de golpe, los márgenes de maniobra presupuestarios fueron reducidos a muy poco, y este es un factor importante que, tanto como la mundialización, explica la incapacidad de los Estados europeos de encarar políticas aunque más no sea un poco autónomas. La segunda razón es más fundamental. Distribuir el poder de compra no tiene sentido más que si este poder de compra se gasta donde sería necesario. Pues nada garantiza que no se vaya a volcar sobre productos importados o, lo que viene a ser en parte lo mismo para el capitalismo, sobre bienes o servicios exteriores al núcleo duro donde su lógica se afirma como dominante, es decir, sobre consumos que no se vuelcan

sobre mercancías producidas con fuertes ganancias de productividad. Esta tesis sólo podría ser invalidada si los partidarios de la reactivación europea nos explicaran por qué sería posible hoy lo que no lo fue durante los últimos diez años.

Se podría decidir librarse de estas coacciones y pensar que una política voluntarista implementada en un cuadro nacional protegido permitiría reconciliarse con tasas de crecimiento suficientemente elevadas como para representar una alternativa a la reducción del tiempo de trabajo. Esto es desgraciadamente una expresión de deseos: habida cuenta del nivel de apertura de la economía francesa, una política semejante consistiría en exportar nuestro desempleo buscando exportar más e importar menos. Puede decirse que esta política es una política de agresión puesto que no se abate el desempleo sino pasando el regalo envenenado a los vecinos. Ya sea encallando o triunfando, siempre este fracaso es autodestructor, puesto que exportando el desempleo se exporta la recesión, que termina traduciéndose en menores compras de los competidores.

En cuanto al tipo de alianzas sociales que sería necesario anudar en el plano interno para poner en práctica semejante política es inútil subrayar su carácter eminentemente peligroso. En resumen, al proteccionismo que busca ganar contra los otros es necesario oponer el derecho a proteger la innovación social, teniendo esta protección vocación de

desaparecer si los otros se alinean, por ejemplo, sobre las treinta y cinco horas. Se trata esta vez de algo totalmente distinto: de ganar con los otros.

### **Tomar una decisión.**

El retorno fulgurante que hizo pasar el tema de las treinta y cinco horas del museo de las buenas ideas al primer plano del debate social es el producto de una nueva toma de conciencia. Después de la recuperación de los años Rocard, el hundimiento en la recesión sonó la campana para las ilusiones en un retorno durable de un crecimiento fuerte. Aún cuando se saliera del marasmo actual -y es completamente posible que se asista a una modesta recuperación en el segundo semestre de 1994- la lección habrá sido entendida: más allá de los azares de la coyuntura, el espejismo de un nuevo sendero de crecimiento se alejó por largo tiempo. El aumento en todas las direcciones de un desempleo que no escatima en adelante ni diplomados ni calificados hizo saltar igualmente una visión puramente adaptacionista del desempleo, que podía todavía tener curso mientras el azote tocaba principalmente a los trabajadores poco calificados. Así, poco a poco, la idea de una necesaria ruptura toma forma. Pero es necesario entenderse bien: no estamos todavía, ni lejos, en una situación en que una alternativa social clara se opondría a los programas de la burguesía. Estamos en el punto en que una fracción cada vez más amplia de los asalariados comprende que no hay tercer ter-

mino entre la continuidad en el hundimiento y la imposición al sistema económico de nuevas reglas. Así, la idea de una ley sobre las treinta y cinco horas vuelve a hacer aparición, después de haber sido diabolizada durante diez años como una herejía estatista. La idea flota sobre el debate social, y el debate parlamentario sobre la ley quinquenal de empleo, con sus célebres enmiendas, le dió implícitamente una legitimidad: se puede pues legislar sobre el tiempo de trabajo. Del mismo modo, en la desconfianza de los trabajadores con respecto a todo lo que podría vaciar de sentido la reivindicación de las treinta y cinco horas resuena la idea de control sobre las cadencias, los contratos, las licencias, la organización del trabajo en general. Es el producto de la experiencia del pasaje a las treinta y nueve horas en 1982, pero también la enseñanza de diez años de intensificación del trabajo, de licencias con hacha, de desenvolvimiento de la flexibilidad bajo todas sus formas (contratos precarios, sub-contratación, etc.). Se trata pues de una toma de conciencia negativa fuerte sobre lo que no puede esperarse más de los patronos y del gobierno. Resta organizar la mutación de esta conciencia negativa en conciencia positiva. Es allí donde se encuentran las resistencias más importantes y se podría hablar aquí de una reticencia social generalizada a sacar todas las consecuencias de una constatación tanto largamente compartida. Este sentimiento explica sin duda en parte el sorpren-

dente éxito de Balladur en los sondeos: lo que él encarna, con sus apariencias de burgués luis-felipeano (bourgeois louis-philippard) decente, es la medida y las esperanzas de que, después de todo, una derecha civilizada podría dibujar una vía que evitara las catástrofes sociales y los enfrentamientos. Hay algo de muniqués en el éxito del balladurismo, con esta contradicción que hace que a la larga Balladur no puede al mismo tiempo conservar este capital de confianza y poner plenamente en práctica su programa. La situación está pues abierta y lo que está en juego es de gran envergadura. Pues se perfila en adelante un programa aparentemente coherente en su simplicidad misma, que parte de la constatación del fracaso de las políticas liberales para avanzar una alternativa nacional-populista. Esta se trata de un discurso que se apoya sobre las reacciones habituales de repliegue sobre sí frente a un porvenir incierto y que, desgraciadamente, dispone de relevos en una cierta cultura de izquierda que, del PCF a Chèvenement, considera que existe un espacio para una salida de la crisis fundada sobre la sola ruptura con el mercado mundial. El campo político francés está lejos de ser el único concernido, como lo muestran las últimas elecciones italianas.

Frente a esto, que debe ser considerado como una amenaza de extrema gravedad, los proyectos articulados alrededor de la reivindicación de las treinta y cinco horas deben apuntar a definir una alternativa en ruptu-

ra con la deriva capitalista. La noción de ruptura es aquí decisiva. Una vez más: no es posible imaginar una salida de la crisis fundada únicamente sobre elgota a gota, transfundiendo en el cuerpo capitalista enfermo los elementos de transformación. No hay continuidad entre la situación actual y un modo de organización diferente de la economía. La necesidad de la ruptura se desprende igualmente del carácter global de la aspiración a la reducción del tiempo de trabajo. A nivel macro-económico, se acompaña de dos cuestiones fundamentales: por un lado, de la distribución de las riquezas y de los ingresos -por recuperación de los ingresos financieros- y, por otro lado, de una reorientación de la producción en función de las necesidades sociales. A nivel de la empresa, plantea exigencias de control de la gestión patronal, en particular en lo concerniente a la organización del trabajo y los efectivos.

Esta necesaria ruptura es lo que hace vacilar a más de uno. Se lo constata en los debates; muchas de las objeciones y de las reservas expresadas remiten a estas preguntas: ¿no hay verdaderamente ninguna vía a explorar que nos permita obtener un resultado semejante con menor costo? Queriendo trastornar todo ¿no arriesgamos jugar a los aprendices de brujos? Pero la manera en que son planteadas estas preguntas muestra que una proporción creciente de trabajadores está cerca de inclinarse a una posición que traspase estas últimas objeciones. Esto no depende sola-

mente de demostraciones teóricas o de propuestas perfectamente pulidas, sino más bien de la puesta en relación de estos discursos con la práctica. Pues la experiencia concreta que están realizando millones de trabajadores es que la máquina económica simplemente está descontrolada, que socava en el decorado y que va a ser necesario ponerle fin, aún cuando se prefiriera viajar tranquilamente mirando desfilar el paisaje.

### **Esbozo de una estrategia revolucionaria.**

Nuestra corriente puede jactarse de haber planteado contra viento y marea una reivindicación que, desde hace largo tiempo, forma parte de nuestro capital de reflexión. En 1981, algunos meses antes de la elección presidencial, sacamos un «Dossier Rouge» intitulado Trabajar menos, trabajar todos, que desgraciadamente no perdió casi nada de su actualidad. Allí estaban claramente reafirmados los principios que están en el centro del debate hoy: no aceptar diluir en el tiempo la reducción del tiempo de trabajo, no aceptar las negociaciones «rama por rama», extender la reivindicación a nivel europeo, sin pérdida de salario, etc. Es necesario recuperar el tiempo perdido, que habrá al menos servido a los trabajadores para hacer su experiencia y medir la vacuidad de las otras salidas al desempleo. Al mismo tiempo, la reivindicación cambió igualmente de consistencia: se convirtió en la expresión de una aspiración masiva

de otro funcionamiento de la economía y la sociedad. Ya no se trata más de una medida de orden técnico o económico, sino del esbozo de una sociedad alternativa. Sobre un campo político desviado hacia la derecha, pero liberado de la parodia de «izquierda» del poder que traiciona y ensucia toda esperanza social, la temática de la reducción dibuja una nueva coalición anti-capitalista. Esta no se constituye más alrededor de un proyecto más o menos preciso de superación del capitalismo, habiendo sido pulverizados todos los modelos y referencias, sino alrededor de la defensa de aspiraciones inmediatas. Volvimos a entrar en una fase en que el combate elemental por el derecho a un empleo y a condiciones de existencia civilizadas adquiere un contenido anti-capitalista de hecho, habida cuenta de la incapacidad creciente del capitalismo de satisfacer estas necesidades esenciales. La convergencia de intervenciones sociales hasta aquí inconexas podría dar lugar a la emergencia de un movimiento político- social relativamente inédito. Todavía no se trata sino de una perspectiva apenas bosquejada, pero una cosa es cada vez más evidente: para sentar las bases de un anti-capitalismo contemporáneo, hoy es suficiente pedirle lo posible que en adelante es incapaz de asegurar. Pedir lo posible, pero con obstinación y sin ilusiones sobre eventuales atajos.

## NOTAS:

1. Durand,M.: *Chômage et automation. L'impasse capitaliste*, en *Critique Communiste* Nro.23, Noviembre de 1983.
2. Ver su libro *La machine et le chômage*, Bordas, 1980.
3. Marx,K.: *Le capital*, Libro I, Capítulo XXV.
4. Ver el capítulo VI de Salama,P./Tran Hai Hac: *Introduction a l'économie de Marx*, La Découverte, 1992.
5. Barsoc,Ch.: *Les lendemains de la crise*, La Brèche, 1984.
6. Las cinco citas fueron extraídas por orden de: 1. Club Echange et Projets: *La révolution du temps choisi*, Albin Michel, 1980; 2. Lipietz,A.: *L'audace ou l'enlisement*, La Découverte, 1984; 3. Albert,M.: *Le pari français*, Le Seuil, 1982; 4. Aznar,G.: *Tous à mi-temps*, en *Libération*, número especial «Vive la crise!», Febrero de 1984; 5. Minc,A.: *L'après-crise est commencée*, Gallimard, 1982.
7. Para retomar el título de un libro de Adolfo Gilly sobre México, *Notre chute dans la modernité*, Syllepse, 1992.
8. *Choisir l'emploi*, informe del grupo «Empleo» del Xler. Plan, La documentation française, 1993.
9. Elson,D.: *Pour la socialisation du marché*, en *Critique Communiste* Nro.106-107, Abril-Mayo de 1991, reproducido en parte en *Actuel Marx* Nro.14, 1993.
10. Marx,K.: *Fondements de la critique de l'économie politique*, Anthropos, 1968.
11. Barsoc,Ch.: *Fin de crise*, en *Critique communiste* Nro.93, Febrero de 1990.
12. Marx,K.: *El capital*, Libro I, Capítulo XV.
13. Gorz,A.: *Métamorphoses du travail*, Galilée, 1988.
14. Drèze,J.H./Malinvaud,E.: *Growth and employment. The scope of an european initiative*, Julio de 1993.

